

JUAN PABLO ESCOBAR



PABLO ESCOBAR

LO QUE MI PADRE NUNCA ME CONTÓ

PENÍNSULA **HUELLAS**

Pablo Escobar
Juan Pablo Escobar
Lo que mi padre nunca me contó

ediciones península

Título original: *Pablo Escobar in fraganti*

© Juan Sebastián Marroquín Santos, 2016

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición en Editorial Planeta Colombiana, S.A.: noviembre de 2016
Primera edición, adaptada, en Península: febrero de 2017

© Editorial Planeta Colombiana, S.A., 2016
Calle 73 n.º 7-60 Bogotá, Colombia

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

ÀTONA - VÍCTOR IGUAL - fotocomposición
EGEDSA - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-20.628-2016
ISBN: 978-84-9942-570-2

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| Presentación | I |
| 1. Tras el rastro de Barry Seal | 15 |
| 2. El eterno drama de «ser los hijos de» | 45 |
| 3. «Ese hombre tiene más vidas que un gato» | 63 |
| 4. Nuevas versiones de viejas historias | 71 |
| 5. Santofimio | 93 |
| 6. Mi padre y Malévolo | 103 |
| 7. Las últimas setenta y dos horas de mi padre | 115 |
| 8. La ruta del Tren | 125 |
| 9. El tesorero de mi padre | 137 |
| 10. Finevery | 149 |
| 11. Anecdótico | 157 |
| 12. Las narcoseries y mi padre | 167 |
| 13. El derecho a una segunda oportunidad | 177 |

TRAS EL RASTRO DE BARRY SEAL

Juan Pablo, muchas gracias por permitirme enviarte un mensaje privado. Me llamo Aaron Seal y mi padre fue Barry Seal. Estoy seguro de que estás tan familiarizado con ese nombre como yo lo estoy con el de tu padre. He leído que has buscado la reconciliación con personas del pasado de tu padre y eres un gran hombre por ello. He contactado a los hombres que apretaron el gatillo y mataron a mi padre, y les he dicho que los he perdonado.

Solo quiero que sepas que hace mucho tiempo perdoné a tu padre por haber —supuestamente— pagado por el asesinato de mi padre. Me acerco humildemente para pedirte que perdones a mi padre por haber estado dispuesto a declarar en contra de tu padre y sus asociados. Mi padre solamente estaba tratando de salvar su espalda y al final él pagó el último precio. Solo quiero que sepas que no hay resentimientos de mi parte ni de parte de mi madre. Juan, yo más que la mayoría puedo entender lo difícil que ha sido tu vida. Mi camino ha sido áspero también, pero el Señor ha sido mi roca. No me ofenderé si eliges no contestarme. Que Dios te bendiga. Aaron.

En la mañana del 25 de julio de 2016 revisaba al azar los muchos mensajes que recibo por las redes sociales hasta que llegué a uno que me llamó la atención por el apellido del firmante. Fue muy grata la sorpresa que me llevé al leer las nobles y sensatas reflexiones del joven Aaron Seal, y desde luego lo primero que pensé fue en contactarlo.

Cómo no hablar con Aaron si su padre, Adler Berriman Seal, fue asesinado por orden de mi padre, en venganza porque en 1984 tomó varias fotografías en las que se ve a mi padre y a Gonzalo Rodríguez Gacha, *el Mexicano*, cuando ayudan a cargar cocaína en una avioneta en una pista de aterrizaje en Nicaragua. Esas imágenes son la única prueba existente hasta hoy que relaciona de forma directa a mi padre con el tráfico de estupefacientes.

Adler Berriman Seal, quien prefería que lo llamaran Berry Seal, fue un reconocido y joven piloto estadounidense que trabajó para varias aerolíneas comerciales y tuvo la osadía de ser al mismo tiempo agente encubierto de la CIA, informante de la DEA y piloto de mi padre en los primeros años de la década de los ochenta, en la época dorada del cartel de Medellín.

A los veinticuatro años de edad, Seal fue el piloto más joven en Estados Unidos en volar en solitario para la aerolínea estadounidense TWA. Era tan audaz que se hizo miembro activo de la Civil Air Patrol, una organización creada en 1930 por aviadores civiles que ofrecían sus habilidades para defender voluntariamente el territorio estadounidense, aun con sus propios aviones. Dicha entidad fue asignada al Departamento de Guerra bajo la jurisdicción de la Army Air Corps, los cuerpos armados aéreos del Ejército, pero en 1943 el presidente Harry Truman la incorporó de manera permanente como auxiliar de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, U.S. Air Force.

Después de varios años como piloto comercial, Seal ayudó a la CIA con vuelos ilegales que entraron a Estados Unidos cargados con heroína para financiar diferentes conflictos en el mundo, principalmente en operaciones anticomunistas. Pero la ambición lo llevó muy pronto a la cárcel: en 1979 fue detenido en Honduras acusado de tráfico de drogas. Permaneció nueve meses en una cárcel en Tegucigalpa, donde conoció al piloto colombiano William Rodríguez, quien le propu-

so trabajar para el cartel de Medellín. Ya en libertad, Seal se destacó como piloto de sus propios aviones —tenía cuatro DC-10 y le gustaba llamarlos «The Marihuana Air Force»— y de los de mi padre, y descolló por su audacia en el trasiego de aeronaves repletas de coca desde Colombia hasta el sur de Florida. En el círculo más íntimo del cartel, Seal era conocido como Mackenzie.

La cálida relación de mi padre y Seal queda confirmada con esta anécdota: un día mi padre me dijo que lo acompañara a ver el que anunció como el espectacular aterrizaje de un «gringo loco» en la pista de la hacienda Nápoles, que solo tenía 900 de los 1.200 metros de longitud necesarios para el aterrizaje de un avión Douglas DC-3. El aparato venía repleto de animales para el zoológico de la hacienda.

Nos hicimos a un lado de la pista y al poco tiempo en el firmamento apareció un enorme aparato que se precipitó a tierra como si fuera a estrellarse y en un brusco movimiento tocó tierra y se deslizó a lo largo de la pista, que parecía insuficiente. Los frenos se veían al rojo vivo y de un momento a otro el piloto hizo un movimiento que hizo girar el avión sobre la rueda trasera evitando ir a parar a un abismo. Una vez la aeronave se detuvo en medio de una gran polvareda, un hombre gordo abrió la portezuela, bajó y se acercó sonriente a saludar a mi padre. El «gringo loco» del espectacular aterrizaje resultó ser Barry Seal. Estoy seguro de que ese día mi padre lo apreció aún más por la audacia demostrada durante la riesgosa operación en la que, además, los animales resultaron ilesos.

Seal recibió una buena cantidad de dinero por semejante aventura y regresó a su casa con un regalo bastante exótico que solo podía provenir de mi padre: la cría de una guacamaya azul, originaria de Brasil, empacada en una caja de zapatos. Como ya había contado en mi anterior libro, en un viaje que hizo a Brasil en 1982, recién elegido suplente en la Cámara de

Representantes, mi padre sustrajo ilegalmente una hermosa guacamaya azul. Curiosamente, mi padre hizo ese viaje en un avión Learjet idéntico al que tenía Seal en Estados Unidos.

Por lo que me han contado de Seal, es fácil entender por qué se ganó los afectos de mi padre: porque era capaz de todo y porque de alguna manera fue precursor de varios métodos para introducir drogas y armas al corazón de Estados Unidos. Por ejemplo, diseñó un sistema mediante el cual un solo piloto lanzaba la carga al vacío, atada a un paracaídas que se abría al caer; en el alijo iba un rastreador que emitía una señal y al instante aparecía un helicóptero que descendía y enganchaba el cargamento. Luego, con una precisión milimétrica, aparecía un camión que circulaba a velocidad moderada, a la espera de que el helicóptero depositara la cocaína en la parte trasera. La misma operación se repetía con el lanzamiento de la droga en pantanos y era recogida en aerodeslizador. Y también en el mar, donde Ellie Mackenzie —de quien hablaremos más adelante— la recuperaba en un bote pesquero. A la par de estas estrategias usadas para traficar, Seal tenía un sitio preferido para llegar con los cargamentos desde la lejana Colombia: la pista de aterrizaje conocida como Summer Field Road, en Port Vincent, estado de Luisiana.

Pero la meteórica carrera de Seal fue interrumpida por la agencia antidrogas de Estados Unidos, DEA, que en los primeros meses de 1984 lo arrestó en Miami bajo los cargos de lavado de dinero y contrabando de Quaalude o metacualona, un poderoso sedante con capacidades hipnóticas que los jóvenes utilizaban entonces como droga recreativa. Según me cuenta Aaron, el cargamento por el cual fue detenido su padre no era de Quaalude, sino de azúcar. Lo cierto de esta historia es que Seal descubrió que había sido víctima de una estafa, pero cuando intentó deshacerse del alijo un amigo le dijo que él vendería las pastillas en algunas discotecas de Miami. Al final fue proce-

sado por conspiración. Ante la posibilidad de pasar varios años en la cárcel, Seal no tuvo otra opción que firmar un acuerdo con la justicia para delatar a sus socios colombianos.

La colaboración de Seal con la DEA se inició con un primer episodio que solo se ha sabido ahora: se le ocurrió proponerles a los capos del cartel de Medellín que los ocultaría en su casa de Baton Rouge, Luisiana, con el argumento de que estarían más seguros en territorio estadounidense que fuera de él. La audaz iniciativa incluía el vuelo en su propio avión. La propuesta fue planteada por Seal en una cumbre mafiosa en Ciudad de Panamá y al comienzo tenía tanta lógica que varios de ellos llegaron a considerarla seriamente. No obstante, la esposa de uno de los capos, cuyo nombre no estoy autorizado a mencionar, intuyó que Seal les estaba tendiendo una trampa. Ella tenía razón, y tiempo después se sabría que en realidad Seal pretendía llevar a todo el cartel en un solo vuelo y entregar a los capos para cumplir su parte en el pacto con la DEA. La verdad es que Mackenzie nunca le cayó del todo bien a ella y sus dudas sobre él terminarían por sepultar la idea de que los capos se escondieran en Estados Unidos.

El foco de los agentes secretos estadounidenses se concentró entonces en mi padre y el Mexicano, quienes fueron rastreados en Nicaragua cuando se reunían con enlaces del régimen sandinista para organizar el envío de cocaína desde suelo nicaragüense hacia las costas del sur de Florida.

Fue así como los norteamericanos montaron una temeraria operación en la que Seal pilotaría un avión con una potente cámara fotográfica oculta en el fuselaje. La idea era probar los nexos del régimen sandinista de Nicaragua con la mafia colombiana.

La historia de esta compleja trama es así: los agentes secretos y Seal concluyeron que la manera más creíble de realizar el montaje era venderle un avión militar a mi padre, pero se en-

contraron con un obstáculo porque ese tipo de aeronave no estaba en catálogo y por lo tanto no era posible comercializarlo. Entonces optaron por tomarle fotografías y publicar un anuncio clasificado en una revista especializada de aviación. Mi padre se tragó el anzuelo y cuando se reunió con Seal y este le mostró la publicación, mi padre le dijo que lo comprara porque ese era el tipo de avión que necesitaban para traficar desde Nicaragua.

Una vez recibió la aeronave, un potente turbohélice C-123, Seal lo bautizó *The Fat Lady* —la señora gorda—, pero debió reparar la rampa de acceso porque no bajaba bien. Luego, un técnico enviado por la CIA instaló la cámara dentro de un cajón en la parte superior derecha de la entrada trasera del avión, pero tenía el grave inconveniente de que el control remoto era muy rudimentario y la obturación del botón para tomar las fotos producía un clic muy ruidoso. Por tanto, la única manera para que mi padre y quienes estarían con él no descubrieran la maniobra era manteniendo encendidos los motores de la aeronave.

Así, en la noche del 25 de mayo de 1984, Seal aterrizó y le ordenó a su copiloto acelerar a fondo mientras él buscaba el momento adecuado para tomar las fotografías. Molesto por el ruido, mi padre le pidió a Seal que apagara los motores, pero este respondió que no podía hacerlo porque se habían producido algunos fallos técnicos que hacían riesgosa la salida. Mi padre aceptó la explicación.

Finalmente, Barry Seal tomó a escondidas las reveladoras imágenes que captaron el instante preciso en que mi padre, el Mexicano y Federico Vaughan, un funcionario de alto nivel del Ministerio del Interior de Nicaragua, colaboraban con varios soldados nicaragüenses para subir cuatro sacas que contenían 600 kilos de cocaína. Era el primer cargamento que enviaban desde la pista de aterrizaje del pequeño aeropuerto de

Los Brasiles, situado no lejos de Managua, la capital nicaragüense. Seal aterrizó esa misma noche en el aeropuerto de la base aérea de Homestead, en el extremo sur de Florida.

En aquel momento mi padre y el Mexicano eran prófugos de la justicia de Colombia, donde los buscaban para responder por el asesinato del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, ocurrido el 30 de abril de 1984.

La secuencia fotográfica en la que aparecen mi padre y el Mexicano fue publicada a mediados de julio siguiente en varios periódicos de Estados Unidos. El documento gráfico era incontrovertible, pues habían encontrado a mi padre con las manos en la masa. Barry Seal lo había traicionado y ello le costaría la vida.

La filtración de las fotografías a los medios de comunicación hizo un doble daño: puso en evidencia a mi padre y al Mexicano, y señaló al régimen sandinista de estar aliado con la poderosa mafia colombiana. Tras el escándalo, la permanencia en Nicaragua de mi padre y de su socio se hizo insostenible y dos semanas después regresaron a Colombia.

En la investigación que realicé para escribir este capítulo, supe que mi padre se propuso acabar cuanto antes con la vida de Seal y para ello llamó a varios de sus contactos en Estados Unidos.

El primero en recibir el encargo de eliminar a Seal fue Max Mermelstein, un ingeniero mecánico oriundo de Brooklyn, Nueva York, que también trabajaba para el cartel y tenía en su haber una bien ganada reputación porque a lo largo de varios años introdujo 56 toneladas de cocaína en Estados Unidos, que representaron ganancias cercanas a los 300 millones de dólares. Mermelstein había ingresado en la organización de mi padre a finales de los años setenta, de la mano de Rafael Cardona, alias Rafico, un hombre de su confianza en Estados Unidos.

Sin embargo, en la mañana del 5 de junio de 1985, justo cuando avanzaba en la organización del complot contra Seal según las instrucciones de mi padre, Mermelstein fue arrestado mientras conducía su lujoso automóvil Jaguar. Al principio estaba tranquilo, pues pensaba que en cuestión de días el cartel de Medellín se ocuparía de su fianza y del cuidado de su familia, como estaba pactado desde finales de la década de 1970, cuando entró a trabajar para la organización de mi padre. Pero no fue así. Rafico cometió el error de no pagar la fianza de 550.000 dólares fijada por el juez y, por el contrario, optó por amenazarlo para evitar que declarara contra él y sus socios.

Por la cabeza de Mermelstein no había pasado la idea de convertirse en testigo en contra de mi padre y sus socios porque en su proceso solo aparecía el hallazgo de 250.000 dólares debajo de una cama en el allanamiento a su casa, un delito aparentemente sencillo de explicar. Pero ante el comportamiento de Rafico, Mermelstein temió por su vida y la de su familia y no tuvo opción que convertirse en uno de los informantes más valiosos y costosos en la historia de Estados Unidos. Tanto, que la Oficina de Protección de Testigos del Departamento de Justicia ofreció proteger a 31 miembros de su familia, 16 de los cuales la aceptaron.

Una vez fue llevado al tribunal, Mermelstein reveló la existencia del complot para ejecutar a Seal y aclaró que había retardado el plan de manera deliberada porque, según las órdenes de mi padre, debía ser asesinado por una o varias personas, pero estadounidenses, pues no quería relación alguna entre el crimen y el cartel de Medellín en caso de que los sicarios fuesen atrapados.

En su libro *The man who made it snow (El hombre que hizo llover coca)*, publicado en abril de 1990, Mermelstein escribió que nunca quiso acabar con Seal porque a él le gustaba el ne-

gocio de traficar, no el de matar. Y agregó que sabía que si no cumplía con tan delicada misión pagaría con su vida.

Mermelstein reveló que en el propósito de asesinar a Seal contactó a un hombre llamado Jon Pernell Roberts, quien en el pasado había alardeado de sus nexos con la mafia local estadounidense. Sin duda, dijo, era el hombre indicado para el «trabajo». A su vez, Pernell reunió a Mermelstein con Reed Barton —dos viejos conocidos, porque el uno le alquilaba vehículos al otro para transportar la cocaína— y en un par de ocasiones viajaron juntos a Baton Rouge, a realizar tareas de inteligencia y vigilancia en los sitios más frecuentados por Seal, pero no lo encontraron. El intento había sido fallido.

Para apresurar el plan criminal contra Seal, mi padre envió a reunirse con Mermelstein a un piloto conocido con el alias de Cano, quien había realizado con Seal varios viajes de narcotráfico en territorio colombiano. Cano conocía bien el lugar donde vivía Seal, así como sus rutinas, su restaurante preferido, y hasta su sitio de trabajo. La información aportada por Cano quedó escrita en papelitos pequeños que fueron a parar a la billetera de Mermelstein, quien entró en pánico porque con seguridad sería acusado si Seal caía asesinado.

La posibilidad de aparecer como responsable de un crimen que no había cometido atormentó a tal punto a Mermelstein que desde la prisión en Estados Unidos se arriesgó a llamar a Rafico a Medellín. «Dejen en paz a Barry Seal», gritó, pero recibió como respuesta que la orden ya había sido dada por mi padre y no habría marcha atrás. Tras la accidentada charla con Rafico, Mermelstein también se sintió hombre muerto, pues el individuo con quien acababa de hablar por teléfono lo había tratado con una preocupante mezcla de displicencia y desprecio, pese a que lo consideraba su amigo y juntos habían producido mucho dinero para el cartel de mi padre.

Por esa razón y más asustado que nunca, Mermelstein* llamó a su abogado y le dio una única instrucción: «Haz el mejor trato posible para mí». Sin embargo, su defensor insistió en esperar un poco porque los cargos contra su cliente eran débiles, aunque se notaba el interés de las autoridades para evitar su liberación, al punto que de un momento a otro un juez de Los Ángeles elevó la fianza de 550.000 a 2 millones de dólares.

Entre tanto y en vista de que la tarea encomendada a Max Mermelstein había fracasado con su detención, mi padre decidió mantener la oferta por la cabeza de Seal: un millón de dólares a quien lo llevara vivo a Medellín, o medio millón a quien lo asesinara. A él solo le importaba que Seal muriera y para lograrlo le encomendó la misión a Cuchilla, quien también usaba el alias de Pasarela y cuyo nombre real era Guillermo Zuluaga, un delincuente oriundo del municipio de La Estrella y socio fundador del Envigado Fútbol Club.

Para ejecutar el homicidio de Seal, Cuchilla contrató los servicios de Luis Carlos Quintero Cruz, Bernardo Antonio Vásquez y Miguel Vélez, alias Cumbamba. Los dos primeros entraron ilegalmente en Estados Unidos a través de la frontera con México. Cumbamba ya vivía en Miami y era trabajador de la narcotraficante Griselda Blanco y de su marido, Darío Sepúlveda.

Finalmente, Barry Seal fue asesinado a las seis de la tarde del 19 de febrero de 1986 por los hombres enviados por mi

* De la existencia de Max Mermelstien supe un día que vi a mi padre con cara de preocupación junto a Fidel Castaño, Francisco Kiko Moncada y Fernando Galeano. Cada uno tenía un ejemplar del libro *El hombre que hizo llover coca*, con numerosas anotaciones y separadores entre sus páginas. Estábamos escondidos en un escondrijo conocido como La Isla, en el embalse de El Peñol, Antioquia. Ya en ese momento el cartel había sufrido su primera gran baja: Gonzalo Rodríguez, el Mexicano, quien fue abatido por la policía el 15 de diciembre de 1989.

padre, quienes lo localizaron en el estacionamiento de una sede del Ejército de Salvación cuando se disponía a aparcar su Cadillac blanco modelo 1979. Luis Carlos Quintero disparó una ráfaga de la ametralladora Ingram MAC-10 calibre 45 con silenciador; cuatro tiros alcanzaron el cuerpo de Seal, quien ocupaba el asiento del conductor. Murió al instante. Una Biblia, que él mantenía en el tablero del vehículo, quedó manchada de sangre.

Pero el crimen no habría de quedar impune porque las autoridades de Luisiana desplegaron una enorme redada y lograron capturar a los autores materiales. A dos de ellos el FBI los detuvo en el aeropuerto de la ciudad y al tercero, que había contratado un taxi para que lo llevara hasta Florida en la idea de llegar al aeropuerto de Miami para huir a Colombia, lo alcanzó la mala suerte: el vehículo mató un venado que se atravesó en la vía y el conductor tuvo que llamar a las autoridades encargadas de proteger la fauna, pero como ya había sido dada la alerta de búsqueda de un hombre con rasgos hispanos, el sospechoso fue identificado casi de inmediato.

Respecto de los homicidas enviados por mi padre, el 20 de septiembre de 2015 y con motivo del rodaje en Medellín de *Mena* —una superproducción cinematográfica protagonizada por el famoso actor Tom Cruise—, en la que se relata la vida y obra de Seal, el diario *El Tiempo* publicó: «El 13 de mayo de 1986, un jurado de Luisiana salvó a los tres sicarios de morir en una silla eléctrica como lo pedía el fiscal, pero los condenaron a cadena perpetua. Vélez murió a los sesenta y seis años en la penitenciaría de Angola, Luisiana. Quintero Cruz y Vásquez permanecerán en el centro correccional David Wade hasta que mueran».

Max Mermelstein fue uno de los testigos principales del juicio contra los tres acusados y su declaración fue contundente porque aseguró que la ametralladora Ingram con la

que asesinaron a Seal había sido ensayada en su casa tiempo atrás. Los peritos forenses encontraron algunos orificios en la pared, que coincidían con las pruebas de balística realizadas en el arma.

El 25 de mayo de 2015, próximos a cumplirse 30 años del homicidio, en una entrevista al diario *Daily Mail* de Inglaterra, Debbie, la viuda de Seal, recordó lo sucedido el día que un amigo la llamó para informarle de la muerte de su esposo: «Subí a mis hijos y empecé a conducir hacia allí... me quedé atascada por el tráfico, así que paré en un teléfono público y les dije: “No sé a qué hospital ir”. Así que ellos me dijeron: “Debbie, solo ve a casa, él no va a ir a un hospital”. Les dije a mis hijos que su padre estaba muerto. Los llevé a casa. Luego fui a la cocina y lloré».

En varias ocasiones la viuda de Seal ha expresado en público que aunque mi padre y el Mexicano querían ver muerto a su marido, también es cierto que él conocía muchos pecados de la CIA y de algunos políticos respecto de las actividades de narcotráfico permitidas para financiar las operaciones de la Contra nicaragüense; Seal también conocía secretos del escándalo Irán-Contra, que involucró al coronel Oliver North en la compra ilegal de armas a Irán para promover la lucha anticomunista en Nicaragua. Curiosamente, el FBI encontró en el cuerpo de Seal el número de teléfono directo del entonces vicepresidente de Estados Unidos, George Bush, encargado de la guerra contra las drogas durante la Administración del presidente Ronald Reagan, lo que confirma el altísimo nivel en el que se movía.

Sorprende la ingenuidad de las autoridades estadounidenses de entonces para cuidar a Seal porque ya era conocida la peligrosidad de mi padre, toda vez que en Colombia había sido asesinado el ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla y ya se sabía que él había sido el autor intelectual. Con semejan-

tes antecedentes, pareciera claro que a muchos les convenía que Seal anduviera solo para convertirlo en presa fácil, ya que no solamente el cartel de Medellín saldría beneficiado con su muerte. Los movimientos del agente encubierto de la CIA e informante de la DEA estaban claramente delimitados por el juez Frank Polozola, quien le ordenó permanecer todos los días de seis de la tarde a las seis de la mañana en la sede del Ejército de Salvación, donde finalmente habría de encontrar la muerte. Pese al peligro inminente que lo rodeaba, el juez no solo le prohibió a Seal contratar escoltas pagados por él, sino que le advirtió que lo enviaría a la cárcel si era sorprendido con algún tipo de arma.

En el epitafio de la tumba de Adler Barriman Seal aparece escrito el siguiente texto, elegido por él para que su esposa lo hiciera esculpir el día que le llegara la muerte: «Un aventurero rebelde de la talla de los que en días anteriores hicieron grande a América».

A Barry Seal lo asesinaron cinco días antes de mi noveno cumpleaños. Por eso ahora, tres décadas después del terrible hecho, resultaba más que trascendental mi encuentro con su hijo, Aaron, a quien respondí el inesperado mensaje que me envió.

Hola, Aaron:

Me sorprendí mucho con tus cálidas palabras y mensaje. Yo sé que estás hablando con el corazón, puedo sentirlo, y quiero que sepas que no me siento orgulloso en absoluto de los crímenes cometidos por mi padre. Siento muchísimo tu pérdida y todo tu sufrimiento. Y también te pido perdón en nombre de mi padre. Estoy haciendo lo mejor para informar e inspirar a los jóvenes cuando les hablo y les cuento que mi padre con su vida lo único que nos mostró fue el camino que no debemos recorrer.

Realmente, me gustaría conocerte mejor. Yo creo que la paz no es un sueño imposible y que juntos podemos tener mucho

para compartir, mucho por aprender el uno del otro y también de nuestros padres. Quisiera conocerte en persona. ¿Crees que eso es una posibilidad?

No puedo viajar a Estados Unidos porque no tengo visado, pero sí a cualquier país del mundo, si tú quieres.

Aaron y yo cruzamos un par de mensajes más, y acordamos realizar una videoconferencia y filmarla porque consideramos que en el futuro nuestra charla podría tener un efecto tremendamente positivo. Este es el diálogo que sostuvimos y que luego fue traducido del inglés:

Aaron Seal: Hola.

Juan Pablo Escobar: Hola, Aaron, ¿cómo estás? Para mí es muy importante que hablemos, que nos hayamos contactado.

A.S.: También es muy importante para mí.

J.P.E.: ¿Cuántos años tienes?

A.S.: Yo creo que tengo unos meses más que tú. Nací en octubre de 1976, y creo que tú en febrero de 1977.

J.P.E.: Y cuéntame, ¿tuviste la oportunidad de conocer bien a tu padre? ¿Tuviste tiempo de compartir con él en el pasado?

A.S.: Cuando a él lo mataron yo tenía nueve años. No tuve mucho tiempo de compartir, pero estuvo bien mientras duró.

J.P.E.: ¿Y tuviste una buena relación con él?

A.S.: Sí, antes de que lo mataran, sí. Él era un buen hombre, era bueno con su familia. Tengo un hermano quince meses mayor que yo y una hermana tres años menor. Y aparte tengo dos medios hermanos del pasado matrimonio de mi padre, que están cercanos a los cuarenta y cinco años. Nunca tuve relación con mi media hermana. Y la otra relación con mi otro medio hermano es agria.

J.P.E.: Yo tengo una hermana menor. Tiene treinta y dos años. Ella y mi madre están bien, gracias a Dios. Bueno, tú sabes lo que es una guerra y sus consecuencias. Es realmente un milagro que estemos todos con vida.

A.S.: Sí, amén.

J.P.E.: Sí, la guerra fue muy dura y no queremos que se repita. No queremos seguir los pasos de mi padre.

A.S.: Yo seguí los pasos del mío durante muchos años. Bueno, no tan lejos como él fue, pero seguí sus pasos en muchos sentidos. Me metí en el tráfico de drogas. Solía ir hasta México a traer drogas de vuelta, fármacos de prescripción médica, por ejemplo. Después entré en el consumo de drogas de una manera muy fuerte y luché contra eso durante muchos años. Y el Señor me rescató. Ahora soy un ministro y estoy casado desde hace cuatro años y medio. Finalmente encontré una mujer que me aguantó.

J.P.E.: Yo estoy casado desde hace trece años, pero vivimos juntos desde hace ya veinticuatro. Tengo un hijo, Juan Emilio, de tres años y medio. Esperamos mucho tiempo para tener hijos porque sentíamos una responsabilidad muy grande. Cuando pensamos acerca de su futuro y cuando queríamos tener hijos, el futuro no estaba tan claro. Finalmente, Dios nos dio este gran regalo que es este niño tan noble, sano e inteligente. Aaron, ¿cómo está tu madre?

A.S.: Si te dijera que está bien te estaría mintiendo. Ella está viva, está bien, pero emocionalmente se desmorona a veces. No ha podido superar el pasado, y no solamente en lo que respecta a mi padre y a su muerte, sino también en la vida que vivió con él. Ella nunca superó eso, para ser honesto contigo.

J.P.E.: Te pido que leagas saber a ella que en nombre de mi familia le pido perdón por la muerte de su esposo.

A.S.: Ella no guarda ningún odio contra nadie, solo que no ha podido superar el dolor con el que tiene que lidiar. No solo

es con la muerte de mi padre, sino con todo lo relacionado con él por lo agobiada que se sentía por esa vida, la policía detrás, en fin. Ella realmente nunca lo ha podido superar. No sé si tuve la oportunidad de comentarte que mi madre y yo pudimos contactar con dos de las personas que le dispararon a mi padre y les dijimos que no teníamos resentimiento contra ellos, que no fue su culpa, pues mi padre tomó sus propias decisiones en la vida. Cuando yo le hablo a la gente de esto, las personas me preguntan cómo puedo perdonar a los que le dispararon a mi padre. Yo les digo: «Mire, esos hombres que realmente le dispararon a mi padre no lo mataron, puesto que de mil maneras el pecado también mató a mi padre, como la codicia, por ejemplo». Así que hacemos exclusivamente responsable a mi padre por las decisiones que tomó en su vida. Lo amamos y lo extrañamos, pero hablo por mí y por mi madre, y así es como nos sentimos al respecto. No puedo hablar así por nadie más.

J.P.E.: No puedo encontrar la palabra correcta en inglés, pero creo que has hallado la paz a través de esta manera de pensar.

A.S.: Sí. Cuando oficio de ministro y las personas me dicen que no quieren perdonar a alguien, les respondo que de esa manera no están hiriendo a la persona que los dañó a ellos, pues solamente se están haciendo daño a sí mismos. Les digo: «Tú crees que les estás haciendo algo a ellos, pero solamente te estás hiriendo a ti mismo».

J.P.E.: Estoy absolutamente de acuerdo contigo. Quería saber si hay alguna posibilidad de que te envíe un ejemplar del libro que publiqué acerca de mi padre, titulado *Pablo Escobar, mi padre*.

A.S.: Claro, justamente fue a través de ese libro que te encontré.

J.P.E.: Yo escribí ese libro con muchas lágrimas, pero sin odiar a nadie. Mi compromiso es con la verdad, con lo

que pasó, con escribir acerca de las lecciones de vida de mi padre, y que por supuesto no seguí. No escribí ese libro con la intención de justificar ninguno de sus actos violentos. Si intentamos esconder lo que sabemos y tratamos de eludir nuestro pasado, no tendremos nada que aprender como sociedad. Estamos viendo hoy muchas series de televisión acerca de la vida de mi padre, y eso está generando un cambio en la sociedad actualmente. Los jóvenes ahora sueñan con convertirse en narcotraficantes porque solamente pueden ver la parte que les están mostrando; ellos creen que todo eso es una gran fiesta, pero esa no es la verdad, eso no es lo que vivimos ni sentimos. Lo que está pasando es que a mi padre lo están convirtiendo ahora en una especie de superhéroe del mundo subterráneo.

A.S.: Así es. No sé si estás enterado de que se está haciendo una segunda película sobre mi padre, que se va a titular *Mena*. La gente de la producción me dijo que una de tus tías paternas les pidió que le enviaran un mensaje a mi madre.

J.P.E.: Mira, yo no tengo ninguna relación con la familia de mi padre. Es algo que podrás entender mejor en mi primer libro. Yo descubrí una traición familiar a mi padre después de su muerte. Tú esperas una traición de cualquiera fuera de tu vida y de tu familia, pero nunca en el interior de esta.

A.S.: He vivido cosas similares porque mucha gente que se encargaba de cuidar a mi padre financieramente, incluidos miembros de la familia, al segundo en el que cayó muerto mi padre todo el mundo fue detrás de las sobras y nosotros fuimos abandonados. Éramos solo mi madre y nosotros, sus hijos pequeños; nadie venía a devolvernos lo que nos debían, sino que se llevaban todo, hasta que no quedó nada. Así que entiendo lo que me estás diciendo, pues incluso mi media hermana me demandó porque le vendimos una asesoría a la productora de la película, ya que mi padre

es una figura pública y ellos solo querían conocer otras intimidades de él, por ejemplo, cómo era en la vida familiar. Así que por el hecho de que cobramos algo por esa asesoría de la historia de mi padre, ella nos demandó. La última vez que vi a mi media hermana fue en el funeral de mi padre. Ella quiere parte del dinero que nosotros cobramos. Así que fíjate que ya hace treinta años de la muerte de mi padre y todavía tengo problemas con los miembros de mi familia. Cuando estábamos juntos supuestamente había mucho amor entre nosotros, pero cuando murió mi padre nada sobrevivió.

J.P.E.: Por otra parte, quería preguntarte si sabías que en el cartel de Medellín tu padre era conocido como Mackenzie.

A.S.: Sí, claro. Ese alias provenía de Ellie Mackenzie, un afroamericano, capitán de un navío camaronero, que mi padre utilizaba para sus operaciones en Estados Unidos. Él se encargaba de recoger los cargamentos que mi padre lanzaba desde el aire al mar. Mi padre era buen amigo de Mackenzie y un día le pidió el favor de que le dejara usar su nombre en un documento que presentaría para obtener a un trabajo. Mi padre puso su fotografía y así entró a trabajar en el cartel de Medellín. Mackenzie tuvo un final atroz: poco tiempo después de la muerte de mi padre, su cuerpo fue encontrado con visibles signos de tortura.

J.P.E.: En la investigación que he realizado para este capítulo queda claro que tu padre era muy audaz y por eso tuvo una gran relación con el mío.

A.S.: No era audaz; era demasiado audaz. Existe un vídeo del día que mi padre hizo la primera prueba de lanzamiento y rastreo desde un helicóptero de un alijo de droga, en el que se observa cuando varias patrullas de policía cierran algunas calles en una ciudad. Mi padre engañó a los policías y les pidió acordonar la zona para evitar un accidente con la carga que

llevaba, pues se trataba de una nueva técnica para ayudar a los agricultores a recibir abono y otros productos. En el vídeo se escucha la voz de mi padre cuando dice «¡van cayendo los primeros trescientos kilogramos de coca!», mientras se observa a los patrulleros cuidando el área.

J.P.E.: Muy impresionante, Aaron. Cambiando de tema de nuevo, ¿cuál es tu opinión acerca de la guerra contra las drogas?

A.S.: En aquella época mi padre me decía que me mantuviera alejado de ellas porque todas eran absolutamente malas. Cuando empecé con las drogas lo hice con marihuana, y aun hoy pienso que fumarla no está mal, pero yo luego fui a más y durante muchos años me inyecté heroína y morfina. Fui hasta el fondo y casi muero en varias oportunidades. En mis primeros días como ministro me convertí en antidrogas esto y antidrogas aquello. Hoy sigo siendo antidrogas mientras las drogas puedan destruir la vida de una persona. Pero la forma como el Gobierno las ha regulado es equivocada. Creo que todas las drogas deben ser legales, deben pagar impuestos. Y creo que esa es la única manera para prevenir que el pasado no nos suceda de nuevo. A través de la Iglesia estoy conectado con otros ministros en Europa y vemos por ejemplo el caso de Holanda. Creo que hoy todo debe ser legal, especialmente la marihuana, ya que en Estados Unidos prácticamente es legal. Pero es que la marihuana es más segura que el Tylenol. Yo sé que no está bien consumir drogas duras pero tampoco está bien la manera como el Gobierno aborda el problema. Que se metan ellos en sus propios negocios. Si yo soy un adulto responsable y quiero meterme heroína, pues ese es mi problema y ellos no tienen el derecho a prohibirme hacer eso. Ninguna agencia del Gobierno tiene derecho a decirme lo que yo puedo hacer conmigo mismo, porque creo que es un derecho que Dios nos ha dado y si lo usamos es nuestra decisión.